

"El liberal", Madrid, 7 marzo 1923



De actualidad

COMENTARIO

En una monarquía constitucional, y hasta en una absoluta, no cabe normalidad y sanidad de gobernación sino cuando los dos soberanos, el pueblo y el rey, comulgan en un mismo ideal, cuando el pueblo tiene la confianza del rey y se la da y el rey tiene la confianza del pueblo, dándosela a su vez. La confianza es mutua, sin-alagmática, de toma y daca. Y nada más terrible que cuando uno de ellos, o acaso los dos, finge dar su confianza para recibirla. Vivir de un doble engaño no es vivir vida vividera.

Esos conservadores que unos enarbolan y tremolan el espantajo de la abdicación, para poner espanto a los escudados, y otros le advierten al rey —porque es a él a quien se dirigen— que a su Gobierno actual le faltará la benévola expectación de una gran masa nacional" (palabras de "La Epoca") si persiste en gobernar en liberal y conforme a sus compromisos, esos conservadores saben que no tienen ya ni la confianza del rey ni menos la del pueblo. No se puede fiar en ellos la corona, porque sabe que no teniendo los conservadores esos, los nuestros, los de España, la confianza del pueblo, no pueden dársela, y no se fía en ellos el pueblo verdaderamente conservador, porque sabe que no inspiran verdadera confianza a la corona.

Maura, el del maurismo—y no hay otro—venía sosteniéndose merced a un doble engaño. Hacía creer a la corona que contaba con la confianza, con el anhelo mejor, de lo más fuerte y sano del pueblo, de la ciudadanía, y hacía creer a ésta que era capaz de enfrenar y dirigir y envarar al poder supremo, al llamado moderador. Y el doble engaño se ha venido al polvo. O al barro más bien. La revolución desde arriba es una mentira mayor que la revolución desde abajo. Cuando Maura entró a presidir los Consejos de su majestad después de Annual, no fué para liquidar en justicia las responsabilidades del desca-

labro y la calaverada—de la calaverada descalaverada—, sino que fué para tapujar, para soslayar, para enterrar la justicia en borrón y cuenta nueva. Nada de revolución descendente.

Si esos conservadores creyeran contar con "la benévola expectación de una gran masa nacional" resuelta y activa por sí mismos, sin la engañifa, que ya no sirve, de la confianza de la corona habríanle dado ya ellos, ellos mismos, el último empujón a la corona, rompiendo la última hebra podrida de ese vencejo que no envenaja ya el haz de los Poderes públicos. Que no es por lealtad, no es por fe-

dinástica, por lo que dan la voz de alerta a propósito de eso de la abdicación, sino que es porque saben que con el derrumbe del trono va el de todo lo que éste encubre y tapa, es porque saben que deshecho un engaño de confianza, se deshace el otro engaño, el de la otra confianza.

Es cosa fatídica cuando un dinasta tiene que apoyarse en los políticos de turno y éstos en aquél, de espaldas uno y otros al pueblo. En la historia se repite el caso de monarcas que, engañados por sus ministros, les engañaban a su vez, queriendo vivir, sin embargo, de un crédito mutuo.

Ahora nuestros sedicentes conservadores, estos conservadores de la decadencia española, temen al ver que se les va a levantar la camisa y se les va a ver la piel, y al través de ella, acaso más, y unos lanzan la amenaza de la abdicación, que hace encogerse de hombros al pueblo, que se dice: "¡Bueno!, bien, ¿y qué?" Y otros advierten que "no es oportuno plantear problemas de índole religiosa y jurídica que habrían de dividir profundamente a España", dice "La Epoca". ¿Dividir? ¿Más? ¿Más que lo estamos ya?

Lo que hace falta es que esa división, que ya late dentro, que ya obra en las entrañas de la nación, surja a

la sobrehaz; lo que hace falta es resolver esa división. Y una división no se resuelve como quieren esos señores. Que esa "masa nacional", grande o chica, a que "La Epoca" se refiere, esa masa egoísta y cobarde que quiere que vivamos de engaños y de injusticias, que esa masa se haga a la idea de que le llega la hora de pagar sus muchas y graves culpas, que esa masa abdique.

¿Abdicar? Ya están una porción de cortesanos, redomados conservadores anticonstitucionales; apuntándose para demócratas con objeto de vigilar y contener a la concentración desde dentro. Lucharán como candidatos sedicentes demócratas algunos —de títulos nobiliarios los más—, que van a reventar a la mayoría gubernamental si se atreve a descarriarse. Es la maniobra de la camarilla. Pero ese engaño durará poco.

Este derrumbe del reino de España es el derretimiento de los engaños. Hubo tiempo en que se creyó fuerte a la corona sobre la Espada, y hoy, al separarlas, se ve que la una está deshecha por la herrumbre, y mellada por la herrumbre la otra. Eran dos coquedades que se defendían juntándose por los sendos agujeros, para tapárselos mutuamente.

MIGUEL DE UNAMUNO

